

FR. GERUNDIO.**LAS PROPAGANDAS.**

Tirabeque, tu no sabrás lo que es *Propaganda*.—No señor, confieso mi pecado.—No, hombre, la ignorancia no es pecado, y mucho menos lo es en quien no tiene obligacion de saber una cosa. Lo será, por ejemplo, en nuestro ministro de Hacienda el creer que los presupuestos que se votaron el año 38 era para que rigiesen el 39, y aun eso pienso yo que envuelve una ignorancia mas afectada que crasa.—Señor, ahora que habla vd. del ministro de Hacienda, le estube reparando yo el viernes toda la noche...—¡El viernes toda la noche! ¿Pues quién te mandó á tí el viernes á la

noche ir á ver al Sr. S. Millan?—Señor, yo no iba á verle á él, que iba á ver al Barbero.—Esa es otra. Pues qué, ¿se afeita el Sr. S. Millan de noche? O sinó ¿qué diablos tenia que hacer el Barbero de noche en el ministerio?—Si donde yo le vi no fue en el ministerio, señor, sino en la ópera: vd. tambien parece que cambia los lugares.—¿En qué ópera hombre, en qué ópera? ¿Otra vez volviste á la ópera?—No fue á la misma, señor, sino á la del Barbero de Sevilla; y este Barberito y no el que vd. piensa es el que soy yo á ver: ¿entiende vd. ahora?

Entiendo demasiado, Tirabeque; entiendo en primer lugar que eres un discolo y un disipado, que no piensas mas que en la tararira; y entiendo en segundo, que si no eres un impostor bellaco, debes ser tan facil en equivocarse como en equivocarse en las cazuelas. ¡El Sr. S. Millan en la ópera! Al ministro, Tirabeque, ni darle ni quitarle. —Señor, yo ni le doy ni le quito.—Lo que te digo es que seria algun otro que se le pareciera. Yo aseguro que el Sr. S. Millan, en lugar de estar en la ópera, estaria meditando alguna otra reforma económica como la que acaba de hacer suprimiendo la seccion de contabilidad del ministerio cuyos sueldos ascendian á 76000 rs.: estas son las óperas de los ministros y no los Barberos.—Asi es la verdad, señor, que esas deben ser sus óperas mientras son ministros, y soy el primero á alabar esas economías, y si el hermano S. Millan hace

otras mayores, que no le falta en donde hacerlas, lo alabaré mas; pero, así como me parece bien cuando hace de Barbero para afeitar gastos escusados, así me pareció muy mal verle en la ópera del Barbero. Y en cuanto á si era él ó no era él y yo me equivoqué ó no me equivoqué, quédese esto así, que bien podrá ser lo uno y lo otro. Y ahora dígame vd. si la *Propaganda* es alguna otra ópera que merezca verse, porque si no es cosa que merezca la pena de que yo me mueva, prefiero estarme quieto en mi celdita fumando cuatro cigarros.

Descomedido estás estos días, Tirabeque, y jaranero por demás, amen de lo jactancioso y fachendón: cosas todas en que yo debo y sabré irte á la mano. Y si por medios suaves, y paternales correcciones no te enmendases y prosiguieses en esa vida nada religiosa y sí muy por demás libre, cuando no pueda decirse licenciosa, ¡puede ser, Pelegrin, puede ser que te envíe á ver óperas desde aquí á Almaden al teatro de las minas del azogue!—Señor, si llegára ese caso, á lo menos no me negaría vd. una carta de recomendacion para el minero mayor, para que siquiera no me tratara como á un forzado.—Superintendente se llama el jefe del establecimiento de minas, que no minero mayor. Y en verdad que ahora recuerdo quién es el actual superintendente de aquellas minas: me alegrára que estuvieses bajo su dependencia algun tiempo para que conocieras la dife-

rencia de genios de unos superiores á otros, y la vida que tienes en haber caído con un amo tan demasiado condescendiente y tan excesivamente bonachon contigo.—¿Y quién es ese buen señor, mi amo, para que Dios me libre de él?—Nada, es un jefe militar, que habiéndosele procesado por su conducta como militar cuando las invasiones de la facción de Basilio, y estando instruyéndosele la causa en el mismo Almaden, fue colocado allí nada menos que de superintendente de las minas con 34,000 rs. Lo que podrá resultar de las declaraciones del proceso en una población toda dependiente del jefe de minas, tu mismo con ser tan lego podrás calcularlo.—Señor, y yo mismo tan lego como soy y me reconozco, calcúlo también que mandar á un hombre con el destino principal al pueblo mismo en que se le está siguiendo la causa, no lo haría el que asaba la manteca ni el mismo que se bajó al río á rogar la luna. Y así lego como soy alcanzo también que si cuando al general Narvaez se le formó causa en Sevilla le hubieran mandado allí de capitán general, ya se hubiera levantado un buen zipizape, y con razón. ¡Qué anomalismos y qué disparatismos se ven en estos tiempos, señor! Parece mentirismo todo, mi amo.

Pero al cabo no me ha explicado vd. todavía quién es la señora *Propaganda*.—En verdad, Pelerin, que algo nos vamos pareciendo nosotros al Sr. Alonso en esto de marcharnos por los cerros

de Ubeda. Y ya es tiempo de decirte que *Propaganda* significa una especie de asociacion de hombres que se reunen con el objeto de propagar ó difundir ciertas doctrinas religiosas, políticas, morales, ó de otro cualquier género.

En Roma por ejemplo hay una asociacion, congregacion ó colegio que se llama *de propaganda fide*, fundado en el siglo XVII, por el Papa Gregorio XV, y compuesto de diez y ocho cardenales y algunos agentes del Papa, que tiene por objeto propagar la fé y convertir idólatras y hereges. A imitacion de esta propaganda de Roma se creó también en Inglaterra en el mismo siglo de resultas de sus conquistas de América otra asociacion que se tituló *Sociedad para propagar el evangelio en la nueva Inglaterra*, á la cual dió luego sus patentes el rey Carlos II, y contribuyeron á su fomento con suscripciones de dinero el célebre Roberto Boyle y otras personas ricas del reino; si bien esta sociedad, como todas las de los ingleses, mas tendia á especulaciones de engrandecimiento mercantil con la India só pretexto de la comunion religiosa, que á hacerse prosélitos en la fé. Otra *propaganda* semejante estableció el rey de Dinamarca en su país á principios del siglo XVIII: y en la época de la revolucion francesa se dió también el nombre de *Propaganda* á las sociedades secretas que se formaron con el fin de difundir por todas partes los principios democráticos. Aun hoy creen muchos en la exis-

gencia de esta *Propaganda*, y aunque no la crean en su corazón, les sirve grandemente de pretexto para declamar sobre la necesidad de arraigar los principios que llaman *conservadores*.

Y por último tenemos ahora en España una *Propaganda*, que aunque es para gente pobre, no por eso es menos útil que cualquiera de las mencionadas.—Señor, vd. debe estar tonto para decir eso. ¿Con que andan nubes de pobres por todas partes como nubes de langostas y todavía nos quieren propagar los pobres? Harto se propagan ellos con aynda de los facciosos y del gobierno, que no son mal par de propagandas de pobretería.

Mira, Pelegrin; indebidamente te estoy dando otra prueba de mi infinita é inconmensurable indulgencia para contigo en el hecho de tolerarte esas salidas, que son verdaderas salidas de pie cojo. No es propaganda de pobres como tu irreflexivamente te has figurado, sino propaganda para la educación, que se titula *Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo*, que bajo la protección de S. M. y bajo la dirección de una junta de ilustrados socios y de otra junta de ilustres damas se ha creado hace algun tiempo en esta corte con el filantrópico fin de difundir y fomentar la educación de la clase menesterosa estableciendo escuelas de párvulos y adultos: pensamiento y trabajos dignos de toda recomendación, Tirabeque, porque la educación como me habrás oído decir otras veces

es el cimiento de la prosperidad de los estados, y sin el riego saludable de la educación imposible será que arraigue nunca el árbol de la libertad.

Señor, no sabe vd. lo que me alegro de que me ofrezca vd. una ocasion para alabar al gobierno, ya que algunos tienen tema de que siempre estamos murmurando de él. Benditas sean las entrañas que dieron de mamar y llevaron en su vientre al gobierno que inventó una propaganda tan útil y tan buena.—¡Ay Pelegrin! ¡El gobierno! Bien decía el embajador de Francia Mr. de Rayneval «que en este país los que hacian mejor las cosas eran los que estaban menos obligados á hacerlas;» que es, Tirabeque, como decir; «razon tiene Fr. Gerundio con su tema de los vice-versas. ¡El gobierno! ¿Sabes lo que ha hecho el gobierno? Ofrecer mucha proteccion, si; pero despues en vez de contribuir al fomento de la sociedad, lo que ha hecho ha sido entorpecerla negándole los recursos que *de justicia* le debia. Y digo *de justicia*, porque habiendo el Sr. *Virio*, empleado muy antiguo de nuestro cuerpo diplomático, y retirado á vivir en Viena, habiendo, digo, hecho generosamente un donativo de 40.000 rs. al gobierno para el establecimiento de una escuela de esta clase, no solo no se estableció la escuela, sino que habiendo reclamado esta nueva sociedad la enuenciada cantidad para aplicarla á su objeto, ni el gobierno ha contestado, ni los 40.000 rs. parecen.—Señor, eso quiere decir que se los ha comido el gobierno

—Tirabeque, esa lengua. Eso no significa mas sino que los habrá distraído á otras atenciones.

—Pues eso es lo que he querido decir, señor; lo demas ya sé yo que el gobierno no come reales.

Y has de saber mas; Pelegría: que el gobierno, ó la junta creada al efecto, dijo que no habia sido posible abrir aquella escuela por no bastar para ello los cuarenta mil rs.; y esta sociedad, que yo llamo *de propaganda educatione*, con solos 29,000 ha establecido ya en poco tiempo, y tiene en el mejor pie hasta cuatro escuelas.—

Señor, desde que tengo dientes en la boca sé yo ya que mas hace el que quiere que no el que puede.—Y para mayor prueba de la indiferencia con que el gobierno ha mirado tan provechosa

sociedad baste decirte que en la lista de los 634 socios que voluntariamente contribuyen por medio de suscripciones á su sostenimiento no se encuentran los nombres de ninguno de los actuales ministros, ni siquiera el de la Gobernacion; solo el del Sr. Perez de Castro es el único que alli figura.—¿Y enánto es la suscripcion á esa propaganda, señor?—

Poca cosa, hombre: *veinte reales al año*.—Señor,

hágame el favor de mandar un recado al tesorero ó al secretario ó á quien sea el que manipule en esa Propaganda, que ponga cuanto antes en la lista á Fr. Pelegría Tirabeque, y que venga á

cobrar el duro cuando quiera ó diga donde se ha de poner, que con gusto me privaré yo de ir á un par de óperas al año por contribuir al aumento de

la Propaganda; y que ponga la lista de manifiesto para que todo el mundo la vea, y pueda decir: *Tirabeque contribuye con su pobreza á propagar la educacion del pueblo, los ministros NO.*

Que me place ese modo de pensar, Pelegrin, y así te quiero mas que cuando te me marchas de buréo. Por lo demas ya haré yo que tu nombre figure en lo sucesivo en la lista de socios contribuyentes al par del de tu amo. Pero es menester que no te contentes con eso; es necesario ademas que al mismo tiempo que contribuyes á la educacion de tus semejantes no descuides la tuya.— Señor, un poco duras deben estar ya las cuerdas de mi cerebro para estudiar educacion.—Fibras has de decir, que no cuerdas. Y en cuanto á su dureza, todo lo vence la asiduidad: mas dura es la piedra del pilar de nuestra Señora de Zaragoza, y la tienen los aragoneses gastada á puros besos. Para eso pienso tomarte una de las mejores obras de educacion que yo he visto, á saber: las *cartas póstumas del conde de Chesterfield á su hijo Felipe Stanhope*, traducidas del inglés por D. Ramon Villarino, las cuales quisiera ver difundidas y adoptadas en todas las escuelas del reino, y de ellas me has de leer y aprender de memoria cada día una carta.—¿Cuántos renglones tiene cada una, señor?—Mira qué pregunta! Unas mas y otras menos.—Ea ñn, señor, lo que no pueda aprender, en el libro quedará para otro; y lo que importaba era que la Propaganda esa se propagara por

todos los pueblos de España ; y á eso debíamos de contribuir todos , y entretanto sépase que Tirabeque contribuye con su pobreza , y los ministros NO.

HABLÓ EL HOMBRE Y DIJO.....

MÚchas cosas que yo le pesqué desde la tribuna y mas valía que no las hubiese hablado. Iban trascurridos muchos dias de discusion sobre la contestacion al discurso de la corona , y el *Barba* del ministerio (el otro día le llamé equivocadamente *primer galan*) el ministro de Estado D. Evaristo Perez de Castro no habia acertado aun con la entrada al banco de los ministros. Pero el sábado 26 acertó, entró y habló: ¿ y por qué el sábado y no hasta el sábado? ¡ Oh! Bien sabia el viejo Tobías donde le apretaban las sandalias, y bien sabia el Tobías de los ministros á qué santo habia de encomendarse para que le enseñára sus caminos , le mostrára sus sendas, le dirigiese sus pasos, le iluminára su entendimiento, le moviera sus mandíbulas y pusiese en sus labios palabras de aplomo y de verdad. Era el sábado S. Evaristo papa y martir: era el santo del ministro; por eso acertó al banco, por eso sin duda entró y habló. Bien sabia el venerable Evaristo para qué dia habia de reservar el uso de la palabra.

Levantóse el buen anciano, y ¡oh prodigio de elocuencia! ¡Oh admirable portento de persuasión! ¡Oh fuerza de la edad á lo que obligas! No bien habia el provector presidente del Consejo pronunciado las primeras palabras, cuando todos los diputados de la oposicion se trasladaron del lado del ministerio. ¡Oh efecto mágico del vetutismo y la decrepitud! Alaix, Arrazolá, San Millan, todos habian hablado antes, y cuanto mas hablaban mas distante se ponía de ellos la oposicion: ¡achaque de la inesperienza parlamentaria, y consecuencia natural del *bisoñé*, es decir, de ser todavía *bisoños* en política! Pero abrieron la boca ochenta años de experiencia, moviéronse los labios de diez lustros diplomáticos, y el hábito del anciano, atractivo como el de las culebras de las orillas del Orinoco, al instante llevó hácia sí toda la oposicion; la oposicion se acercó al ministerio, le rodeó... pero era para poder oír al pobre D. Evaristo, que apenas podía echar la voz de su cuerpo. Mi Paternidad estiró la gaita (el cuello) por fuera del antepecho de la tribuna, y aplicando un oído como un raposo gerundiano (animal desconocido de Buffon), aun logró irle pescando algunas tajadas, que así llamo yo sus palabras, porque parecia que hablaba á tajadas.

Lo primero pues que le pesqué fue un catarro, es decir, que empezó diciendo: «Señores, un catarro tenaz disminuye mi voz.» Le compadecí; y esto no lo digo por chunga; así como compadezco

á un ministerio que en circunstancias tan críticas y en que se necesita tanto nervio y tantos puños morales (metáfora nueva) para con los estrange-ros, tiene por pre-idente á un siglo con levita, compuesto de la última mitad del 18 y la primera del 19. Prosiguió el bueno de Tobías, y perci-bí que contestaba al Sr. Arguelles (á quien en obsequio de la verdad nunca he visto tan afuente y tan lógico como en su último discurso, princi-palmente en la parte del viernes), y entre otras especies pesqué que decía: «Señores, ¿se quiere acaso que forcemos nosotros al Papa?»; Jesus, ave María purísima! dije yo: ¿quién ha de querer semejante accion? Y era que hablaba de la inter-ruccion de nuestras relaciones con Roma, de la negativa de las Bulas á los Obispos, del desampá-ro en que S. S. tiene á nuestras iglesias, y decía: «diertamente que la culpa no es de España, ya se ve que no lo es, es de Roma; si señores, de Roma es toda la culpa (así á lo tonto dijo lo que no se había atrevido á decir tan esplicitamente ningún ministro); ¿pero qué ha de hacer el gobierno es-pañol? ¿Hemos de forzar al Papa?»

Desde el forzamiento del papa pasó al *credo* del ministerio, á los *artículos de fé* del gabinete, que así llamaba él á su profesion de fé política, y des-pues de haber dicho que eran, «Isabel II y re-gencia de su augusta Madre, Constitucion de 37 ó integridad ó independencia nacional» le pesqué que decía: «puedo asegurar que el minis-

serio jamás ha faltado en nada á este *credo* riéronse cuatro maliciosos que están en la aprension de que el gobierno no guarda los artículos de la fé, pero él, llevando la mano derecha hacia donde late el corazón, añadió: «señores, lo digo yo y basta.» Me acordé del dicho del gitano: «¿lo dice vd.? Pues como si lo hubiera dicho el altar mayor.» Con semejante argumento todos nos dimos por convencidos, como no podía menos de suceder. Especialmente yo Fr. Gerundio, que sé que el tal argumento tiene mas de divino que de humano: «*Ego dominus: ego dico: dicit Deus: yo soy el señor; yo lo digo; lo dice Dios.*» Asi se explica muchas veces el Padre Eterno en la Sagrada Escritura, y al cabo D. Evaristo viene á ser el Padre Eterno del ministerio, y lo mismo viene á durr *dicit dominus, que dicit Evaristus.*

En seguida saltó el pobre viejo y se plantó de un brinco en el Austria. Esto, señores, aunque á vds. les parezca increíble en su edad, lo digo yo Fr. Gerundio y basta. Y respondiendo al cargo que se ha hecho al gobierno de haber dado á don Francisco Cea Bermudez, ex-ministro español que parece no ha jurado la Constitucion de 37, la mision de ir á convertir las potencias del norte á la creencia de la legitimidad de nuestra Reina Doña Isabel II, dijo redundamente, miento, no lo dijo redundamente, que lo dijo haciendo una especie de curva con el cuerpo y echando mano al estómago que se declaraba ya en oposicion á su discurso,

aseguró «que el gobierno no había dado tal misión á semejante personaje.» El Sr. Calatrava dijo despues «que á él le constaba de una manera positiva que Cea Bermudez habia recibido dicha comision del gobierno», lo cual prueba que para el Sr. Calatrava no basta que diga una cosa Don Evaristo. Este lo volvió á asegurar bajo su palabra de honor: el señor Caballero ha dicho tambien que á él le constaba de una manera indudable que es cierta la mision, y lo prueban con la memoria del mismo Cea, y con los periódicos nacionales y extranjeros. De lo cual infiere Fr. Gerundio que alguno es el que miente; aqui no hay falencia: ó miente el Padre Eterno (del ministerio), ó mienten Calatrava y Caballero, y mienten todos los periódicos, y miente el mismo D. Francisco Cea Bermudez. Aqui alguno miente; lo digo yo y basta. Ya ya conozco quien es el que miente, pero esto no lo digo y basta tambien que yo no lo quiera decir para no decirlo.

Añadió el ministro *seculorum* que el D. Francisco habia hecho su peregrinacion de su cuenta y riesgo y por pura celo, y le comparó á Pedro el Hermitaño que por pura devocion acometió la empresa de libertar la Tierra Santa de poder de infieles.

Mi trabajillo me ha costado encontrar este hermitaño Pedro con quien comparaba al hermitaño Francisco, y no he podido hallar otro que á un Perico Tudobode que en el año 1096 acompañó voluntariamente la primer cruzada, y se encontró

en los sitios de Nicéa, Antioquía y Jerusalem, en-
ya historia escribió despues. No sé si será este el
que el hermano Evaristo quiso comparar á Cea
Bermudez. Si lo es (y creo que no puede ser otro),
yo no veo maldita semejanza entre aquel Pedro y
este Francisco, como no sea por parte del apellido
Tudebode, que suena asi como á perrillo de *todas*
bodas, de estos que se meten en todas partes sin
ser llamados.

Dijo el ministro de los años mil «que los periódicos le habian llamado ladrón y traidor.» Aquí pido la palabra para una aclaracion. Mi Paternidad no tiene noticia de ningun periódico que de tal haya calificado al hermano Evaristo, pero puesto que *lo dice él y basta*, quede consiguado que Fr. Gerundio no ha sido: Fr. Gerundio habrá dicho y dirá solamente que el Padre Eterno del ministerio tiene ya las manos muy flojas para guiar las riendas del estado en esta época, pero está muy lejos de negarle la parte de probidad, y desconocer la antiquísima fidelidad no desmentida, y los méritos políticos adquiridos durante su longitudinal carrera diplomática.

Volviendo á hablar del misionero Francisco dijo el orador que no sabia si habia jurado ó no la Constitucion, «porque él no se metia á averiguar si los españoles que *andan por ahí afuera* la juran ó no la juran.» Tiene razon: demasiado tenemos que hacer con atender á los españoles que *andan por acá adentro*. Contestacion diplomático-su-

blime en la esencia y en los términos. A D. Sebastian dijo que era cierto que le habia dado pasaportes el gobierno francés, pero que se habia ido enfadado con D. Carlos y con su madre la de Beira, y dejándolos descompuestos á los dos. El orador no esplicó en qué clase de descomposicion habia dejado á los dos consortes, si en descomposicion conyugal, si en descomposicion política, ó bien en descomposicion de estómago ó de vientre.

Una noticia desoida para mi hasta entonces pesqué tambien al orador del siglo, y fue que á don Carlos le habia cogido la policia francesa en Urdax viniéndose disfrazado á España; lo cual prueba dos ó mas cosas (pocas probará yá por que el papel de este número se va acabando); lo primero la aficioncilla del hombre al terron español, y lo segundo lo facil que es, sino andamos listos, que suceda lo que Fr. Gerundio manifestó temer el otro dia, á saber, que el Jonás de Bourges se nos jope cuando menos se piense de Niobe á Tarso. Posteriormente ha adquirido mi Pateridad noticias del disfraz que llevaba D. Carlos, y dicen que era esactamente igual al que saca *Garavito* en la Comedia de *la Redoma encantada* cuando contrahace á la tia *Marizápalos*. ¡Qué ocurrencias tiene D. Carlos! Otro *Garavito*.